

GUERRA Y PAZ HOY

*Hans Maier**

El concepto de guerra que antes era bosquejado en forma precisa, en la actualidad deviene impreciso. Esto depende de los cambios en la apariencia exterior de las guerras. Nosotros experimentamos hoy el conocido “desorden” de las guerras –después de que los siglos anteriores se preocuparon por el “orden” de ellas (y esto significa al mismo tiempo: su limitación conceptual). La guerra ya no se desliga de la paz como antes, con su originaria claridad. En formas difusas penetra en la normalidad, en la vida de todos los días. En muchas ocasiones desaparecen los límites entre guerra y civilidad; se desarrollan formas híbridas de una cuasi-paz o una cuasi-guerra y ganan su lugar. Dicho brevemente: la guerra hoy ya no es sólo una *guerra entre estados*. En muchos lugares se ha quitado el uniforme, está allí para desfigurar la imagen del soldado. También las fórmulas clásicas, que designaban originariamente su comienzo y su fin, han perdido su fuerza en el mundo actual. Ya no hay manifestaciones sobre la guerra, pero también las decisiones de paz han desaparecido hasta en un resto pequeño intra-nacional (¡especialmente en las guerras civiles!).

Lo que hoy experimentamos se preparó largamente. Yo quiero esbozar en dos partes en qué consiste el orden de la guerra (I) y su desorden (II). Luego quiero preguntar qué desaparece con la guerra desordenada y en parte ya ha desaparecido, y qué aparece con una nueva luz tras la desaparición de las antiguas estructuras (III).

* Profesor emérito de *Visión católica del mundo* (Cátedra Guardini), Universidad de München. Del consejo de redacción de la edición alemana de *Communio*. Ministro de Culto del Land de Baviera, diputado de Baviera, autor de diversas obras de Ciencia Política, Presidente emérito de los católicos alemanes. Designado como doctor honoris causa por varias universidades.

I

La historia en su transcurso no es de ninguna manera un exceso de violencia pluridimensional, como creen los pesimistas. Siempre estuvo llena de preocupaciones por la creación de órdenes duraderos internacionales. Kant, ningún optimista en lo que se refiere al hombre, pudo sostener con razón en su frase o refrán, que en la naturaleza humana “existe siempre respeto por el derecho y el deber”, un proyecto para lo mejor, aunque él por otra parte también supiera que la naturaleza humana “no es menos amable y digna que en las relaciones de los pueblos entre sí”¹.

De hecho, en la historia de la humanidad se da ante la guerra la conclusión de la paz, ante la agresión, la resistencia, ante la violencia, la limitación de la violencia, ante el caos, la ley. La violencia sin norma en el curso del tiempo siempre fue limitada, introducida en seguridades colectivas, llevada a formas análogas de acuerdo. El estado moderno frenó al violento autógeno, y ofreció *juicio y policía* en contraposición a los institutos de auto-ayuda –el puño y la guerra, la venganza de sangre, las extorsiones, etc.–; él monopolizó el uso de la violencia física legítima consigo y sus órganos, y así surgió lo que para nosotros es totalmente obvio, el espacio de *paz intra-estatal*.

Especialmente en Europa, entre los siglos XI y XVIII, los pueblos lograron en una cadena siempre nueva de esfuerzos correr paulatinamente la violencia y la auto-ayuda desde lo privado a la jurisdicción estatal. Esta consecuente pacificación intra-estatal es un mérito significativo y singular de la jurisdicción del estado cristiano y europeo. La supresión de la violencia no alcanzó ciertamente el ámbito entre los estados: los esfuerzos consisten aquí en que la guerra se limite a una guerra entre estados y a la humanización (o por lo menos regularización) de la gestión de la guerra; independientemente de la violencia ejercida, antes y después, hacia los no europeos, el mundo no cristiano.

Wolfgang Reinhardt ha demostrado en su *Historia de la violencia estatal*, cómo con el surgimiento del estado moderno en Europa apareció una específica “cultura de la violencia”. El desarrollo llevó de una vio-

¹ I. Kant, *Sobre el refrán: eso puede ser correcto en teoría, pero no vale para la praxis* (1793), Werke in zwölf Banden, Band 11, Frankfurt a/M, 1977, 127.

lencia irregular a la violencia del estado, del uso de la violencia de individuos y grupos a la guerra de príncipes y reyes y finalmente a la guerra de los estados². El mismo desarrollo tuvo lugar al interior de ellos: aquí poco a poco se desarrollaron acciones e interacciones en pequeños grupos sociales hacia formas más grandes y persistentes de una “buena policía” que guía la vida de los hombres, un orden de la existencia común que con el tiempo alcanzó y configuró todos los territorios y los estados en su interior³.

Podemos ver: se dieron chances reales para un cultivo de la violencia, para una paulatina transformación en una violencia estatal e institucional. Frente al estado libre de violencia en el tiempo del puño y guerra, esto fue indudablemente un progreso. En el siglo XIX pareció que esta línea de paulatina limitación de la violencia progresaba también entre los estados. Ciertamente se dieron conflictos internacionales también en ese tiempo, pero no alcanzaron la prolongación y la dureza de las posteriores guerras mundiales. Tampoco hubo en el interior de los estados, con excepciones, la violencia del tiempo de las guerras de religión, o de su repercusión secular en el tiempo de la Revolución Francesa. El siglo posterior a 1815 pareció un tiempo de congresos y convenciones, de diplomacia internacional y derechos de los pueblos; pero frente a los progresos del derecho estatal interno, la mayoría de los contemporáneos padeció regímenes tiránicos, dictaduras y déspotas, algo que en Europa se tenía por definitivamente superado, subsistiendo a lo sumo en “países exóticos”.

II

¿Cómo ocurrió entonces que en el largo siglo XIX (1789-1914) crecieron nuevos potenciales de violencia? ¿Por qué surgió al final de una esperanza en un desarrollo creciente, no un orden mundial de paz, sino un nuevo “tiempo de violencia”? ¿Y por qué esta vuelta a la barbarie en Europa, que era el continente más moderno y progresista?

² W. Reinhard, *Geschichte der Staatsgewalt. Eine vergleichende Verfassungs-geschichte Eutopas von den Anfängen bis zur Gegenwart*, München, 1999.

³ H. Maier, *Die ältere deutsche Staats und Verwaltungslehre*, München, 2009.

En forma provisional y al modo de tesis deseo mostrar el surgimiento y concentración de los potenciales de violencia en el siglo XIX en tres procesos:

a. la revolución técnico industrial y su efecto en la técnica de la guerra y su conducción:

b. la creciente cantidad de gente involucrada en la guerra, con motivo de la ampliación de las estructuras democráticas y sus modos de proceder.

c. el cambio de forma de la guerra, que en el curso de este desarrollo hizo crecer nuevas energías, desde la “leva en masa” de las guerras de la Revolución, hasta las formas de “movilización total” del siglo XX.

a. Ante todo, la técnica desarrolla en el siglo XIX un potencial de violencia nuevo. Abre en este tiempo de sus comienzos empíricos, de surgimientos casuales, pruebas, descubrimientos, y desarrolla caminos de un cálculo sistemático. Ciencias exactas aplicadas a las leyes de la naturaleza brindan formas de un trabajo de producción en serie desligado del trabajo manual⁴. La apertura y el dominio de las fuerzas naturales –agua, carbón, acero– hacen crecer las fuerzas humanas en una dimensión inesperada. Los límites de espacio y tiempo se hacen fluidos: el mundo se achica y el hombre ha de agrandarse.

La revolución industrial revoluciona también la técnica de la guerra. Fundamenta y establece el señorío de las máquinas y las armas automáticas en la marcha de la guerra. En lugar de las armas unidas al cuerpo, con las cuales se trata de dar en el blanco, aparecen en medida creciente artefactos. Los efectos de la violencia se alejan siempre más de los causantes distantes. La guerra pierde su analogía originaria con la pelea entre dos, el duelo, y deviene una guerra anónima, una guerra técnica. Si se trazan las líneas sobre 200 años, de la figura del artillero de Napoleón a los cohetes, marchas de cuerpos y drones a comienzos del siglo XXI, deviene visible un movimiento de creciente despersonalización de la guerra, y al mismo tiempo una apertura sin límites de todos los lugares de lucha, a la tierra, al agua, al aire, al mundo entero –y una creciente supresión de todo ámbito de retirada y refugio. Al final se encuentra el escenario de la guerra atómica, donde se disuelven los tradicionales “frentes”, donde la destrucción

⁴ Cf. F. Schnabel, *Deutsche Geschichte im 19. Jahrhundert, Bd.3 (Erfahrungswissenschaften und Technik)*, Freiburg, 1950.

y autodestrucción se acercan cada vez más, hasta que devienen finalmente indiferenciables.

Las guerras dejan los “teatros de guerra”, se extienden en el espacio y el tiempo hasta la economía, la comunicación y la vida cotidiana, deviniendo así abarcadoras y totales. Las fuerzas de destrucción se independizan, se disuelven de los cálculos de balance de lo funcional y proporcionado. Ya en el siglo XIX, con las guerras de Napoleón y sus contraguerras, la guerra cobra dimensión continental y pasa a ser guerra comercial, económica, de propaganda y del pueblo. Se quiebran las diferencias entre frente y patria, entre soldados y población civil. Se destruye la utopía de una guerra llevada en forma “autárquica” (con tropas profesionales, lazaretos de campo). La guerra popular revolucionaria vive en la tierra y de masas armadas, donde los uniformados ya no se distinguen de los franco-tiradores. Lo que en el siglo XVIII era tratado en forma teórica, el tipo de gabinete de guerra en el que el rey vence batallas, mientras que los ciudadanos quedan lejos, es superado en los hechos.

b. Así llega en el siglo XIX la democratización de la guerra. La obligación general de alistarse como “niño legítimo de la democracia” (Theodor Heuss) le da a los *miles perpetuus* creado por el absolutismo su status gubernamental, hace de los ejércitos algo nuevo, un “pueblo en armas”. En las revoluciones modernas el pueblo conquista el estado; y se debe inversamente hacer valer al estado contra sí mismo; para ataques, triunfos, desgracias, derrotas es ahora corresponsable. Aquí hay una tendencia operante hacia el desborde, a la totalización, y a la superación de espacios privados de libertad y paz, de ampliación de las acciones de guerra más allá de la guerra limitada, que fuera calculada en un comienzo.

John Keegan⁵ ha mostrado que los ejércitos de todos los estados antes de la obligación general de alistarse alcanzó a una minúscula parte de la población. De modo que la noticia de la muerte de un familiar en una derrota era hasta el siglo XIX una tragedia familiar relativamente rara. En el siglo XIX crecen los números (de víctimas) visiblemente. En la guerra de Secesión mueren 750.000 hombres, de los cuales 620.000 son soldados

⁵ J. Keegan, *A History of Warfare*, London, 1993.

(el 2,5 % de la población)⁶. Un crecimiento cuántico muestra las cuentas de la Primera Guerra Mundial. Francia perdió 1.700.000 jóvenes sobre una población de 40 millones; Italia perdió 600.000 de 36 millones; el Imperio británico perdió 1.000.000 de 50 millones; Alemania más de 2 millones de una población de 70 millones.

En ambas guerras mundiales se encuentran enfrentados ejércitos democratizados, en los que participan todas las capas de la sociedad. Las enfermedades –anteriormente causa de la mayoría de las muertes en la guerra– son superadas. El núcleo de los inmensos ejércitos del pueblo son reclutas sanos y bien alimentados. Las pérdidas se corresponden.

c. El potencial de violencia del estado moderno muestra muy claramente y en forma expresa la nueva figura de la guerra. El siglo XX deviene una época singular de violencia. Crecen en todo el mundo las fuerzas de destrucción con una intensidad apenas conocida hasta entonces. En las dos guerras mundiales se transforma el uso militar de la violencia, hasta entonces “convencional”, en una destrucción de masas tecnificada. Esto vale tanto para los combatientes como para los no combatientes, que sobre todo en la segunda guerra mundial fueron incluidos en las acciones de guerra por tierra y por aire: Leningrado, Coventry, Dresde, Hiroshima. Dentro y fuera de las guerras pueblos enteros y grupos del pueblo fueron víctimas de masacres, de “limpiezas étnicas”, genocidios. Y en los enormes campos de concentración de los regímenes totalitarios la deshumanización y animalización del “enemigo político” alcanza su punto más alto y terrible: su transformación en “parásito” al que se puede liquidar sin molestia, su “aniquilación por el trabajo”, su muerte de masas tecnificada.

III

Así llego a la pregunta decisiva: ¿qué desaparece con la guerra ordenada?⁷ ¿Qué surge nuevo después de ella? Busco una respuesta que deseo que muestre la dialéctica fundante, relacionada con el surgimiento del estado moderno y su orden jurídico y de paz.

⁶ J. Leonhard, *Die Büchse der Pandora, Geschichte des Ersten Weltkriegs*, München, 2014, 23.

⁷ Cf. H. Maier, *Worauf Frieden beruht*, Freiburg, 1981.

Comparado con el pasado, en el estado moderno el círculo de hombres protegido en su seguridad *hacia adentro* es mucho más amplio. Pero al mismo tiempo millones de hombres son incluidos en guerras entre estados o guerras mundiales *de fuera*, que los llevan a la muerte.

Hay que preguntarse: ¿qué acontecimientos naturales de tiempos antiguos podrían haber causado la muerte de tantos millones, como la violencia desatada de las modernas armas, en las dos guerras mundiales? ¿Qué acciones hostiles, que desafíos de venganza y protección habrían exigido semejantes hecatombes como los asedios de Verdun, Stalingrado, Leningrado, las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki? ¿Y cuántos hombres en familias y estirpes habrían llevado adelante la ley de la venganza de modo tan consecuente e incondicional, como los combatientes y los civiles en la guerra moderna, que debieron estar en el frente “porque así debía ser” y porque parecía no haber otra alternativa?

Ninguna madre hizo demostraciones en las dos guerras mundiales por sus hijos contra la guerra del propio estado, como ocurrió a menudo en el último tiempo desde Vietnam hasta Chechenia. Cuando en la primera guerra los soldados bretones protestaron contra el alistamiento, argumentando ante los tribunales de guerra franceses, ellos entendieron que no hablaban el lenguaje de sus oficiales, del estado nacional; cuando los campesinos sicilianos en semejantes situaciones dijeron que no eran parientes del rey, de modo que por qué debían llevar adelante esa guerra, entonces se afirmaba que aquello era un débil eco de un mundo antiguo que parecía concluido con el estado nacional moderno. Incluso en el siglo XX, tan rico en mártires, el caso del campesino austríaco Franz Jägerstätter, quien se opuso a la guerra por motivos de conciencia, constituye una excepción entre quienes resistieron la guerra desde el espíritu cristiano. De hecho, su actitud ha sido discutida por parte de teólogos y miembros de la jerarquía eclesial, no sólo en su época sino también en el tiempo reciente⁸. Ello muestra hasta qué punto la expansión de la guerra se había convertido en un “destino” supuestamente inevitable.

⁸ G. Zahn - F. Jägerstätter, *Märtyrer aus Gewissengründen*, Innsbruck, 1987; E. Putz- S. Reinoldner- F. Jägerstätter, *Christ und Märtyrer, mit handschriftlichen Originalzitaten aus seinen Briefen und Aufzeichnungen*, Linz, 2007; A. Maislinger, *Der Fall Franz Jägerstätter*, in *Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Jahrbuch* 1991.

Pero de nuevo la pregunta: ¿qué desapareció? ¿Qué hay de nuevo?

Lo que ha desaparecido, como ya se dijo, es *la guerra del estado*. Hacia fines del siglo XX los estados pierden el monopolio de la conducción de la guerra. En competencia con él aparecen violentos no estatales autógenos que bajo ciertas circunstancias lo desplazan totalmente de su lugar. El campo es amplio, ya desde los regimientos expedicionarios de Chan Kai Schek y Mao Tse Tung en la China del siglo XX hasta los regimientos privados de los señores de la guerra en el Congo, en Sudán, hoy en Somalía, hasta los barcos piratas en el mundo entero, los soldados armados de los *boss* de la droga en Méjico, los comandos de terror y suicidas de Al Qhaeda y Estado Islámico (ISIS) en el siglo XXI.

Con la guerra estatal desaparecen también las diferencias entre combatientes y no combatientes, soldados y población civil, uniformados y partisanos. Los continuadores de los soldados no llevan más los uniformes grises, no tienen un patrón de color, irreconocibles, habitan como “durmientes” desconocidos entre los ciudadanos pacíficos o, según el principio del pez en el agua de Mao, se deslizan suavemente en las lagunas y lugares abiertos de la civilización.

En último término, lo que desaparece es la guerra como institución regular: no hay más ninguna declaración de guerra, sólo el desencadenamiento de la violencia. Tampoco hay decisiones de paz, a lo sumo acuerdos de tregua o tratados de cese de guerra según el modo del dos por cuatro⁹. Paradojalmente, el respeto de la guerra del pacto Briand-Kellog (1928) y de los procesos de Nürnberg (1945-49) han llevado a este resultado: ¿quién desearía exponerse por medio de una declaración de guerra formal como atacante potencial?

⁹ El tratado de *Dos por Cuatro*, en 1919, que la Unión Soviética, los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia concluyeron con Alemania y que disolvió la República Democrática Alemana, establece una regulación final en relación con Alemania. Las cuatro potencias vencedoras concluyen “sus derechos y responsabilidad en relación con Alemania como un todo”. La palabra Paz sólo aparece en el preámbulo (...en la conciencia, que sus pueblos viven desde 1945 en paz...). De hecho, el documento considera su resultado como un tratado de paz.

Finalmente deseo indicar un último aspecto de la desaparición de la guerra: la pérdida –o el debilitamiento– del derecho de los prisioneros. La tendencia apareció ya durante la segunda guerra mundial: recordemos la hambruna masiva de los prisioneros rusos en Alemania (1941/1942) y la desaparición de los tiempos de liberación de los prisioneros alemanes después de 1945 en Francia y en la Unión Soviética. Que en las diversas “guerras ilimitadas” del presente aparezca la frase “no se toman prisioneros”, atestigua la amplitud de los desarrollos de la guerra entre los estados. El nombre de Srebrenica, la muerte de más de mil 8000 jóvenes bosnios en 1995, es un símbolo impresionante de esta nueva modalidad de abandono del antiguo (primer) paso de la pacificación de la guerra, el buen trato de los prisioneros de guerra¹⁰. Pero ya Stalin había ejercido de modo brutal este nuevo principio en 1940, con la muerte de los oficiales polacos en Katyn, cerca de Smolensk¹¹.

Lo antiguo desaparece. ¿Qué viene nuevo? ¿Qué vemos en las futuras guerras? ¿Qué nuevos aspectos se muestran después de la caída de las fachadas de la “guerra desordenada”?

Mucho de lo que aparece viene de antes. Así la vuelta de los azotes –un proceso visible en todo el mundo– a formas antiguas pre-modernas de la guerra. También resulta arcaico que en los conflictos en Africa, Latinoamérica y el Este de Asia mujeres y niños pelean en unidades irregulares, como partisanas y soldados niños. Algo semejante sólo aparecía en los combates míticos de las Amazonas de la Antigüedad o en los niños reales del Medioevo en las Cruzadas.

Arcaico y moderno al mismo tiempo, y correspondiendo a la desaparición de las reglas, es el hecho de que las nuevas guerras buscan de una manera mucho más potente la *aniquilación* del enemigo. Mientras que en Clausewitz esta aniquilación significaba su inutilización para la guerra¹², la guerra invisible tiene como miras la aniquilación física, a menudo

¹⁰ M. Funk, *Srebrenica. Chronologie eines Völkermords oder: Was geschah mit Mirnes Osmanovic*, Hamburg, 2015.

¹¹ T. Urban, *Katyn 1940. Geschichte eines Verbrechens*, München, 2015.

¹² W. Hahlweg (ed.) *Vom Kriege: Hinterlassenes Werk des Generals Claus von Clausewitz*, Bonn, 1980, 192-195; Cf. R. Stumpf (ed.) *Kriegstheorie und Kriegsgeschichte: Carl von Clausewitz und Helmuth von Moltke*, Frankfurt

superando toda distinción entre la captura de prisioneros, el estado de prisionero de guerra, la tregua y la capitulación. De la mano de este nuevo “todo o nada” aparecen internacionalmente los atentados suicidas, que terminan con las chances de supervivencia de los soldados de la guerra clásica y que lleva la guerra técnica y automática de hoy a un nuevo e incalculable desencadenamiento personal. Lo que en la Segunda Guerra Mundial permanecía en forma lateral, por ejemplo, los kamikazes japoneses, es un concepto que se ha instalado en el medio de la guerra venidera. Permanece una diferencia importante: el soldado de antes arriesgaba su vida, él podía morir, ser herido o sobrevivir. El “mártir” moderno, así llamado sobre todo en países islámicos, no arriesga nada, ha hecho su pacto con la muerte, para sí mismo y para muchos otros.

Se pueden interpretar las acciones de los atentados suicidas –sin considerar su marco de visión del mundo– como una rebelión dudosa contra la tecnificación, anonimidad y distancia del hombre de la guerra moderna, en la cual la responsabilidad personal es cada vez más reducida, y que finalmente desaparece. Cuando en los años sesenta surgió la discusión en los Estados Unidos sobre la matanza de My Lai en Vietnam del Sur¹³, se planteó la pregunta sobre cómo debía considerarse en la guerra actual un ataque de muerte masiva de un modo recto, según el derecho de guerra. La respuesta más común era: “¡De ningún modo desde cerca, siempre del modo más lejano, mejor con lanzamiento de bombas o cohetes!”. Frente a este escapismo cínico en lo técnico automático, los atentados suicidas pueden aparecer como abogados de la personalidad de la guerra¹⁴.

a/Main, 1993, 770 y H. Maier, *Gewaltdeutungen im 19 Jahrhundert: Hegel, Goethe, Clausewitz, Nietzsche*, en H. MAIER (ed.) *Wege in die Gewalt. Die modernen politischen religionen*, Frankfurt, 2002, 54 ss.

¹³ El 16 de marzo de 1968 fueron muertos en la Guerra de Vietnam por un grupo comando especial americano más de 500 civiles sin armas en el sector My Lai del pueblo So'n My, llamado My Lai 4, sin duda un crimen de guerra, que provocó entonces una fuerte discusión; cf. J. Olson- R. Roberts, *My Lai 4. A Brief History with Documents*, Boston, 1998.

¹⁴ Entretanto se ha mostrado que la guerra contra el terrorismo de ISIS no se gana con un creciente “bombing”. El resultado que hoy se muestra no se logra con ataques aéreos (por lo menos no solamente), sino sobre todo con los grupos de tierra de la llamada Peshmerga curda y también por hombres y francotiradores individuales.

Caminos en la violencia: esta es una historia larga y enredada. Caminos desde violencia: aquí vale lo mismo, pero en una medida más alta. Históricamente, el camino va del individuo que usa violencia al estado, del puño y la guerra al juicio y la policía. Es un camino de mayor desarrollo civilizatorio, con todos los peligros que puede llevar consigo, cuando por su lado el estado es poderoso, y a veces superpoderoso.

En la situación actual no tengo duda de que hay que fortalecer al estado, y a veces reconstruirlo, cuando frente a las exigencias del terrorismo internacional no se desea retroceder sin lucha. Ya que justamente los estados destruidos e ingobernables obtienen una fuerza magnética de los que instigan el terrorismo internacional. El estado se enfrenta a las poderosas fuerzas de la inmediatez psíquica, en las que se enraíza la supervivencia, solo cuando asegura el derecho y la paz. La defensa propia del estado de derecho y la mirada a un orden de paz duradero, que brota de la justicia, son ineludibles en la lucha necesaria contra el terrorismo, una guerra a pesar nuestro.